

AMAR

JOSEPH PIEPER

“La fe es un gustar de antemano de aquel conocimiento que en el futuro nos hará felices” (S. Tomás)

“El que espera, espera a Dios de Dios” (Cayetano)

“La perfección del hombre consiste en el amor que une al hombre con Dios” (S. Tomás)

FUNDACIÓ
GLADIUS

HAY que disponerse a que en el campo del lenguaje se produzca un desgaste de las palabras. Justamente las grandes palabras que indican algo humanamente grandioso, o al menos deberían indicarlo, están expuestas a dicho desgaste. A veces uno desearía simplemente no oír las más. Llegaron a ser un verdadero escándalo.

¿Quién, por ejemplo, hojeando en la peluquería una revista ilustrada no ha experimentado el deseo apremiante de no pronunciar más por algún tiempo la gran palabra “amor”? Sin embargo, no podemos simplemente dejar de usar esas palabras fundamentales y hacerlas enmudecer; tampoco podemos suplirlas directamente con otras palabras. Con todo, la dificultad podría ser tal que uno llegara a sentirse inhibido de hablar sobre el tema del amor, especialmente en el campo del gusto y de la impresión. Sólo cuando uno, a pesar de todo, se ha decidido a hablar de lo que en realidad quiere decir la palabra “amor”, esta palabra tan grande y de tan diversas maneras malentendida e infamada, solamente entonces se encuentra ante la verdadera dificultad. Y esta reside en la inconmensurabilidad, sencillamente abrumadora, del objeto mismo.

La lengua alemana -así por lo menos da la impresión a primera vista- parece acrecentar esta dificultad hasta el extremo. Los griegos, los romanos, y también

las lenguas modernas derivadas del latín, cuentan con varios nombres a su disposición para expresar los distintos aspectos del fenómeno amor, mientras que nuestra propia lengua, la alemana, se ve en la necesidad de llamar *Liebe*, amor, a cosas tan distintas como la preferencia por una determinada marca de vino (a mí me gusta *-ich liebe-* el Burgunder), el amor concreto por una persona que padece necesidad, la mutua atracción de los sexos y la entrega del corazón a Dios; para todo esto contamos con un solo sustantivo, “*Liebe*”, amor.

Pero si uno se interna en el ámbito de las palabras activas, entonces se ve que la lengua alemana no es en modo alguno tan pobre como un gran filólogo se lo ha achacado. Algunas de esas palabras activas tienen una profundidad incommensurable. ¿Qué significa, por ejemplo, *einander leider mögen*, sufrir uno al otro? Digamos asimismo que en esta aparente pobreza del vocabulario alemán se esconde también una oportunidad, es a saber, la de que la lengua misma contribuya a que no se pierda de vista el denominador común que, a pesar de todo, existe en todas las formas del amor.

¿Qué podría ser esto común que une las diversas formas del amor? Dicho de otra manera: ¿qué significa en toda su amplitud amar, cualquiera sea el objeto amado, el vino, la música, el amigo, la amada, o incluso Dios mismo? Estoy persuadido de que dicha pregunta tiene una respuesta. La respuesta es: Amar significa en todos los casos algo así como aprobar, tener a lo otro por bueno. Yo amo algo o amo a alguien significa: yo digo dirigiéndome al objeto de mi amor: ¡está bien que exista algo así; está bien que tú estés en el mundo, qué admirable que existas!

II

Pero si esta aprobación es común a todas las formas del amor, si constituye el impulso fundamental en todo amar, es preciso saber y tener en cuenta que tal aprobación no se reduce simplemente a un decir y a un expresar. Afirmar: qué bien que exista algo así; o: qué bien que tú existas, fórmulas que podrían ser entendidas únicamente como suenan las palabras, en realidad no son meras constataciones neutrales y sin interés, simples frases de constatación; no, es menester que se las considere como expresiones de la *voluntad*. La aprobación realizada en el amor significa algo así como: estoy de acuerdo, lo apruebo, estoy contento y lo afirmo, lo reconozco, lo confirmo con mi aplauso, alabo y aprecio y ensalzo el hecho de que algo determinado o alguien determinado, precisamente el amado, exista.

Naturalmente que el estar de acuerdo es un grado mucho más débil de la afirmación que el ensalzar y alabar. Sin embargo, una cosa es común a todos los miembros de la serie que acabamos de enumerar: siempre se trata de formas de aprobación de la voluntad. Todas dicen: *yo quiero* que este algo o este alguien exista. Amar significa esto, es una forma de querer.

El hecho de que cuando escuchamos esto, en un primer momento nos detenemos un poco, tiene algo que ver con la estrechez y el empobrecimiento con que nos representamos el querer, a lo que ya nos hemos acostumbrado. Querer, así lo pensamos, es esencialmente y ante todo: querer *hacer!* En cambio, para la gran tradición del pensamiento europeo ha sido totalmente claro que el acto primordial de la voluntad es la *afirmación*, es decir, el amor; este acto primordial no se orienta propiamente al cambio de un objeto presente, sino al fortalecimiento y a la reafirmación de aquello que ya *existe*.

El amor, dicen los antiguos, impregna desde el fundamento todo querer hacer, todas las opciones y todos los actos de la voluntad, los enfervoriza, los mantiene en movimiento. San Agustín lo expresó de esta manera: *Ex amore suo quisque vivit*, cada cual vive de su amor.

Si el amor es así el acto fundamental de la voluntad, ¿qué “quiere”, entonces, el que ama cuando ama? A esta pregunta la antigüedad ha respondido: lo primero que quiere un amante es que el amado exista y viva. Pues bien, alguno podría pensar: bueno, supongamos que en alguien brote aquella expresión de satisfacción: “qué bien que tú existas”, y que la profiera conscientemente de corazón; como ya hemos dicho, sin duda se puede aceptar que haya diferencias en los grados de intensidad, sin embargo aun el grado ínfimo y más débil, aun él, expresaría lo siguiente: la afirmación de la mera existencia del otro. Y por cierto que ya ello sería no poco. Habría que hacerse esta pregunta-test a sí mismo: ¿Estoy realmente en mi interior de acuerdo con que exista este ser determinado, quizá muy diverso, o también que vive conmigo, compañero de trabajo, vecino? ¿Acepto que él sencillamente exis-ta? Y ahora recién: “¡Qué admirable que existas!”.

Supongamos de nuevo que esta afirmación brote de todo corazón. Pero ¿acaso el amado no vive y existe ya de por sí, sin esta afirmación mía, en cualquier caso, lo ame o no? Mi amor no hace nada para esto. ¿O acaso aporta algo para que él exista?

III

¿Qué es lo que propiamente significa para un hombre el hecho de que exista también otro, alguien que se vuelva hacia él y le diga: Qué admirable que tú también existas, sobreentendiendo que el otro no solamente *dice* tal cosa, sino que de veras *lo piensa*, lo quiere o, por así decirlo, lo “vive”?

Quien así pregunta, pregunta, es claro, sobre lo que el amor propiamente “debe ser”, sobre lo que realmente da, sobre lo que ofrece. ¿Se produce algo, se realiza realmente algo, si alguien es amado o no? Esta es una pregunta que también debe ser considerada desde “la otra orilla”, es decir, desde el punto de vista de aquel a quien le acontece ser amado.

Si se recurre en esta materia a los escritores filosófico-antropológicos que tratan seriamente de ella, los cuales, como fácilmente nos podemos imaginar, llenan bibliotecas enteras, entonces se recibe una respuesta única, admirablemente uniforme, a pesar de la diversidad en los detalles, una respuesta también extraña, a primera vista hasta asombrosa. Se dice, por ejemplo: En el amor se atribuye al amado directamente el existir. Hasta Jean Paul Sartre que habla de esto en su teoría filosófica, para el cual todo hombre es enemigo del otro, más aún, su verdugo potencial, hasta Sartre, que por suerte es también un poeta y un descriptor genial de la concreta realidad humana, hasta Sartre, digo, responde a nuestra pregunta diciendo que el meollo *-le fond-* de la alegría de sentirse amado, consiste precisamente en que al amado se le atribuya la existencia: el hombre se siente por ello justificado de existir. Y en Gabriel Marcel se encuentra una expresión grandiosa: Amar a un hombre significa: tú no vas a morir.

Aunque en tales formulaciones pueda verse, entusiásticamente trascendidos o directamente ignorados, los límites señalados al hombre finito, a pesar de todo, de esta manera se conserva en la mira y se pone en consideración un aspecto de la realidad, es a saber, que de hecho la forma más excelsa de la afirmación que puede ser pensada, es la *creatio*, la creación en sentido estricto. La creación, así lo ha formulado un filósofo alemán, es el grado supremo de la afirmación. Y precisamente esto, más allá de los argumentos y de las pruebas, a nadie le resulta tan obvio como a uno que realmente ama. El “sabe” que su afirmación, dirigida hacia el otro, hacia el amado, caería directamente en el vacío si no estuviera en juego algo así como una creación, y no sólo como algo que es anterior a su propio amar, sino como algo que todavía está en camino y en lo cual él mismo, el amante, participa y colabora, *por el hecho mismo* de que ama.

Es claro que tal presentimiento llegaría hasta lo absurdo y lo irreal si se quisiera atribuir al hombre, en serio y en el sentido estricto de la palabra, el poder creador. Ya algún otro, un alguien absoluto, antes de todo pensable amor humano, dijo: Yo quiero que tú existas; bien, muy bien que tú existas; de tal forma que el amor humano es siempre una segunda realización, una forma de repetición de este amor de Dios que da la existencia. Una repetición, sí, pero que si sucede en cosas plenificantes, resulta también una continuación y realización definitiva de aquello que comenzó en la creación.

IV

Si se piensa más de cerca, no deja de resultar sorprendente que a un hombre no le sea suficiente simplemente existir y estar ahí, lo que de hecho ya lo hace, y que en modo alguno dé lo mismo que alguien se vuelva hacia él y le diga: “Qué bien que tú existas” o no le diga nada. La verdad es que necesitamos esta confirmación expresa. Dicho de otra manera, más allá de la sola existencia, necesitamos también esto, ser amados.

Ello es, reiterémoslo de nuevo, algo extremadamente asombroso: el hecho de haber sido creados por Dios, en cierto sentido no es a todas luces suficiente para nosotros. Se nos hace necesaria la continuación y la definitiva realización de este haber sido creado, mediante el poder creativo del amor humano. Dije que ello resulta asombroso; sin embargo, es para nosotros una experiencia que podemos hacer por doquier, y la más obvia de todas, una experiencia que todo hombre puede hacer día tras día, y que queda de manifiesto en los giros idiomáticos que empleamos habitualmente. Decimos, por ejemplo: un hombre florece cuando le acontece que es amado; sólo ahora llega a ser plenamente él mismo; comienza para él una vida nueva. Aun cuando se trate de un niño, de un niño que todavía no nació, el hecho de ser amado por la madre parece ser directamente *la* condición de su propio desarrollo. En cierta medida se han vuelto conocidas las investigaciones del psicólogo René Spitz, investigaciones *comparadas* sobre diversos grupos de niños, algunos de los cuales nacieron en la cárcel y fueron atendidos y alimentados diariamente durante algunas horas por sus propias madres, también ellas encarceladas, y otros que fueron atendidos en institutos norteamericanos para niños recién nacidos, impecables desde el punto de vista higiénico, y por personal excelentemente capacitado. Pues bien, ¿cuál fue el resultado de estas investigaciones comparadas? En todo lo que tiene que ver con la mortalidad, la enfermedad, la predisposición a la neurosis, etc., los niños que fueron atendidos por sus madres en la cárcel están incomparablemente mejor! Es evidente, entonces, que no basta que alguien reciba suficiente comida, que no pase frío, que tenga un techo donde cobijarse, y todo lo demás que requieren las necesidades de la vida. Todo eso lo recibieron aquellos niños que fueron internados en casa infantiles, lo recibieron en una medida abundante. Recibieron *leche*, pero no *miel*. Esta alusión a la imagen bíblica de la tierra de promisión, que mana leche y miel, se encuentra en Erich Fromm, sociólogo y psicólogo alemán que emigró a los EE.UU. Leche, dice él, es el contenido de lo que necesitamos para satisfacer nuestras necesidades vitales; mientras que la miel simboliza, más allá, lo dulce de la vida y la felicidad de existir. Pero esto lo experimenta alguien solamente cuando se lo dicen o se lo hacen sentir, cosa que aquellos niños internados en el instituto infantil evidentemente nunca percibieron ni sintieron: “¡Qué bien que existas!”.

Esta es una actitud que a nadie se le puede exigir en un contrato de servicio como algo debido. El amor es, por naturaleza, algo no debido. Es esencialmente, y por lo tanto siempre, un don. Es, estrictamente hablando, *el* don por excelencia; como Santo Tomás de Aquino lo ha expresado: El amor es el don primigenio, y todo lo que fuera de él podamos recibir inmerecidamente se hace don solamente a través del amor.

V

No deja de resultar notable que entre los escritores contemporáneos, el hecho de ser amado, o más exactamente, el de querer ser amado, muy rara vez merezca

un juicio positivo. Barrunto que en esta realidad, de aspectos muy diversos, como todo lo que tiene que ver con el tema del amor, se esconde algo difícilmente captable. Algo que, sin embargo, es importante desentrañar. Nietzsche lo llamó la más grande de todas las pretensiones, la de querer ser amado. En la literatura psicoanalítica se señala con desaprobación que la mayoría de los hombres consideran el problema del amor más en *ser amado* que en amar. Y hasta el “Sr. Keuner” de las historias de Brecht deja percibir que el deseo de ser amado tiene poco que ver con el amor genuino.

Platón hace pensar en una nueva dimensión de lo que tratamos cuando dice que el amante es algo más divino que el amado. La verdad incluida en esta frase podría hacerse comprensible de distintas maneras. Por ejemplo así: habría que ser Dios para ser capaz de amar solamente, sin estar pendiente de ser amado; es un privilegio *divino* ser siempre menos un amado que un amante; nosotros, los hombre, no podemos nunca amar a Dios tanto como El nos ama; y ante todo: en relación con Dios, ciertamente le compete al hombre más ser amado que amar.

Reflexionando sobre esto último, alguno podría preguntarse si aquel descrédito generalizado del querer ser amado no será acaso una de las cien máscaras de la pretensión del hombre de querer ser semejante a Dios. En conexión con tales pensamientos se muestran quizá representaciones que son muy comunes en la manera de pensar cristiana sobre la vida “que es agradable a Dios”, adquiriendo, sin apercibirse de ello, una faz totalmente nueva. Ellas alcanzan de nuevo, o también por primera vez, algo así como un color de realismo. Y se muestra cómo conviven estrechamente ligados los contenidos existenciales y fundamentales de una vida realmente humana: la conciencia, la angustia de perder el amor, la culpa, “el ser agradable a Dios”.

Querer ser agradable es, prácticamente, tanto como querer ser amado. E incluso el concepto de *gloria* no está lejos. Los antiguos la definieron con toda naturalidad como “fama”, como ser-reconocido-públicamente, y ser reconocido por el mismo Dios. Como hombres modernos iluminados, de entrada nos sentimos un tanto reacios al ver que se describe el asunto de una manera tan ingenua. Pero la impresión se serena y se profundiza cuando de hecho nos vemos obligados a entender la *gloria* como la más plena realización de la existencia, o incluso, como la gloria de la vida eterna. Dos cosas se nos pide: en primer lugar, que reconozcamos que en lo más profundo de nuestro ser nada deseamos con más empeño que ser públicamente alabados y reconocidos; y, en segundo lugar, que no sucumbamos ni a la fascinación de aquella sombría determinación de quien no quiere que se le regale nada, ni tampoco al infantilismo del que anhela ser constantemente aprobado.

La concepción de la existencia que se incluye en el concepto de *gloria* nos exige mucho más, es a saber, que confirmamos a nuestra vida una actitud que podríamos caracterizar -no encontramos para ello una fórmula mejor- como Niñeidad, esto es, que el “Primer Amante” confirme en forma absolutamente inequívoca esta

nuestra vida, que públicamente, es decir, en presencia de toda la creación, diga y al mismo tiempo haga, que sea glorioso el hecho de que uno exista.

VI

El amor, ya lo hemos dicho, es siempre algo no debido, y por tanto, un don: esto, sin duda, es correcto y también sigue siendo verdadero. Sin embargo, resulta comprensible la siguiente pregunta: ¿es realmente el amante alguien que *solamente* quiere hacer un don y nada más? ¿No querría también, cuando ama, recibir algo para sí? ¿No es acaso el deseo de felicidad el verdadero motor de todo amor, la aspiración de la alegría, de una posesión más rica de la vida, de una existencia más plena, la caza de la forma original que me hace feliz (como se dice en Platón)?

Si uno atiende a esta pregunta, inevitablemente se le presenta toda la complejidad y polifacetismo del asunto. Por un lado, es propio de todo verdadero amor, que “no busque lo suyo”. Hasta Friedrich Nietzsche, que se ha burlado mucho de esto, tratando de desenmascarar, como él dice, este “horroroso desatino”, a saber, “que el amor debe ser algo ‘no egoístico’”; lejos de eso, según él, el amor es “el más refinado placer de posesión”, y el amante “más egoísta que nunca”; hasta Nietzsche, digo, no puede dejar de admitir que frente a la palabra “amor” hasta “la mujer más sabia y el hombre más vil... piensan en los momentos relativamente menos egoístas de toda su vida”. Ello está, como se ve, no lejos de lo que también decía un hombre como San Agustín. Uno de sus asertos reza así: “Lo que no es amado por sí mismo, no es propiamente amado”. Y otro: “Si amas, entonces ama sin remuneración”.

Esto es, como se ha dicho, un lado de la moneda. Pero hay que tener en cuenta también el *otro* lado: que a pesar de todo, erran aquellos que a cualquier amor que pide algo o que necesita algo y, por lo tanto, es de hecho un amor de concupiscencia, lo consideran en forma despectiva como un amor “al salario del día”, el cual, según Karl Barth lo ha expresado, no sería nada más que un “apetito más refinado o más grosero”, como un egoísmo encubierto, como un mirar de soslayo a la recompensa. Una vez más hay que citar aquí a San Agustín: “Si realmente amas, entonces tu remuneración debe ser aquel a quien amas”!

¿Existe entonces, a pesar de todo, una remuneración del amor?! Aquí se advierte cómo la palabra “remuneración” no es unívoca, como podría parecer a primera vista; puede significar tanto el pago y el salario, *merces*, como también la recompensa, el *praemium*, por lo que el elemento de aquello que *no* es exigible, de lo no debido, del carácter de don, no se puede no tener en cuenta como incluido en la misma palabra. Se trata de *la* recompensa que se da como un fruto intrínseco de todo verdadero amor y de sólo él. Nadie, así me parece, habló con tanta precisión sobre esto como Bernardo de Claraval, en cuya formulación, dicho sea de paso, hay dos cosas dignas de tenerse en cuenta: que proviene de un tratado

sobre el amor de *Dios*, y que, con todo, no menciona el nombre de Dios. Reza así: “Todo verdadero amor es sin cálculo, y sin embargo tiene su recompensa; *puede* recibir su recompensa sólo si es sin cálculo... Quien busca en el amor algo distinto del amor, ese tal pierde el amor y al mismo tiempo la alegría del amor”.

Sigue siendo, pues, incuestionablemente verdadero, que el amor no busca lo suyo. Y, con todo, de hecho se le da “lo suyo”, con la condición de ese desinterés no calculador. Y esta retribución del amor no *puede* ser totalmente indiferente al amante. Los grandes maestros de la Cristiandad lo han expresado muchas veces: *no* está hecho el hombre creado *de tal forma* que podría querer *no* ser feliz, no ser bienaventurado. Un amor *absolutamente* desinteresado, un amor que ama sin motivo, como algunos teólogos sostienen que es únicamente el verdadero amor cristiano, está más allá de nuestras posibilidades.

Claro que la paradoja de un amor desinteresado de sí mismo está en vigencia. No es demasiado difícil descubrir de quién son las frases siguientes: “Si amas tu alma, existe el peligro de que ella perezca. Por tanto no la debes amar, ya que no quieres que perezca. Pero en cuanto no quieres que perezca, ya la amas”. El autor es, una vez más, San Agustín, Doctor de la Iglesia, el doctor del amor. Y puedo muy bien imaginarme con qué gozo por la forma de la lengua dialéctica ha expresado este pensamiento bíblico, redactado de una manera paradójica.

Pero naturalmente no se trata aquí de un juego genial de pensamientos, y tampoco de mera elegancia retórica. Se trata de la existencia cotidiana de cada uno de los hombres, y de la posibilidad amenazadora de que la línea fronteriza entre el verdadero amor y la voluntad de gozar egoística puede quedar borrada de un momento a otro. De pronto uno busca, posiblemente sin advertirlo claramente, lo “otro” en el amor, y el amado se transforma, quizás sin darse cuenta, de un alguien cohumano en algo así como una cosa, un *neutrum*, un “mecanismo”, como dice C.S. Lewis de manera drástica y sin miramientos, un mecanismo “que uno usa para su propia satisfacción”.

VII

Especialmente reside en *esto* la verdadera desgracia de la brutal sexualización que, fomentada por la manipulación comercial y publicística, determina más y más hoy en día la atmósfera del ambiente público; como si se tratase de alguien personal, con un rostro humano individualmente acuñado, pero que de hecho no aparece como un ser humano individual sino simplemente como un *sex-partner*. Un psicoanalista norteamericano formuló de una manera muy exacta lo que aquí sucede, diciendo que en la visión del play-boy la hoja de higuera se ha trasladado a otro lugar, ahora cubre el *rostro* humano. Así se ha hablado, y con derecho, del

carácter engañoso del mero encuentro sexual; el hacerse uno sigue siendo necesariamente una ilusión; en realidad son después dos extraños, aún más alejados entre sí que antes; y de esta manera es comprensible la paradoja de que la sexualidad, aislada del conjunto de la existencia, más bien separa a los sexos que los une, y precisamente los deja solos allí donde creían encontrarse con seguridad. El resultado, como dice el francés Paul Ricoeur, no lo esperó con toda seguridad la generación de Sigmund Freud de la eliminación de los tabúes sexuales: la pérdida del valor a través del hacerlo fácil, más aún, este hacerlo fácil prácticamente, desemboca en la total vacuidad. Lo que a primera vista se puede creer que resulta después de esta inaudita libertad, si lo miramos más de cerca, muestra su fatal e inevitable vecindad con la desesperación. Pero aquí suelen también entrar en juego otras cosas totalmente distintas que un mero e irreflexivo abuso de la libertad, al punto de que en modo alguno es casual, al contrario, me parece en gran medida significativo, el hecho de que entre los escritores modernos que hay que tomar en serio, surja precisamente en este punto la idea de lo *demoníaco*. En Karl Barth se encuentra una frase, tal vez muy concisa, desacostumbradamente drástica en su manera de hablar: “El coito sin coexistencia es una cosa demoníaca”. El norteamericano Harvey Cox, teólogo bautista, evoca a este respecto la idea de la expulsión de los demonios, que en el cristianismo se ha vuelto ya casi extraña; en ninguna parte, así dice él, es más necesario el exorcismo que cuando se trata del abuso cínico de la sexualidad en los chamanes del mercado y los curanderos de la propaganda comercial. Esto dice Harvey Cox en su famoso libro de “La ciudad sin Dios”. Si bien no puedo imaginarme ni siquiera en sueños, de qué manera y con qué autoridad este autor, Harvey Cox, se imagina la concreta realización de un exorcismo, con todo, y ello es claro, se trata de una categoría religiosa y sacral, de una idea que en cualquier caso tiene su lugar en la esfera sobrehumana.

En este mismo campo se encuentra también el concepto que hemos expresado al principio, a saber, que la moción que reaparece siempre de nuevo en todo amor: “qué bien que tú existas”, es una forma de repetición, una nueva realización del acto divino creador, en fuerza del cual *todo* lo que es real en el mundo existe y al mismo tiempo es “bueno”, es decir, digno de amor. Sin embargo, con esto no se ha dicho todavía ninguna palabra sobre la forma específicamente *cristiana* del amor. Pero tampoco ésta se encuentra más allá del campo de la experiencia.

Tal es, por ejemplo, el fenómeno plenamente evidente de esa religiosa esclava del sur, la Madre Teresa, que se ocupa de los moribundos desamparados en las calles de Calcuta y que cura las heridas a los leprosos. Por un lado, no se puede comprender y describir lo que ella hace de otro modo que como una forma de entrega amorosa, alimentada al mismo tiempo desde la moción “qué bien que existas”; asimismo este modo de amor que absorbe toda su persona, no se realiza solamente en una esfera que está en contra de la afectividad natural, sino en una esfera “sobrenatural” y “espiritual”, e incluso abarcando todo su ser. Pero por otro

lado es evidente que aquí sucede algo *nuevo*, algo que no se puede poner tan fácilmente en la línea de la amistad, la simpatía, el afecto, etc.

Precisamente esto nuevo se puede hacer plausible como algo puesto al alcance de los hombres o, dicho más exactamente, como algo posibilitado al hombre. Para ello, naturalmente, sería necesario dar algunos pasos mentales, pero no solamente mentales. El primer paso ya está dado: desde el punto de vista puramente fáctico, todo aquel que ama repite la aprobación divina que ha acontecido en la creación. Un segundo paso sería identificarse expresamente no sólo con aquel *acto* de la afirmación creadora, sino también con el “Actor”, es decir, con Dios mismo. Sin embargo, tampoco este paso habría alcanzado todavía el grado del amor verdaderamente sobrenatural, que la teología cristiana acostumbra llamar *caritas* o *agape*. Ello se hace posible sólo en base a la convicción de la fe, según la cual al hombre se le ha dado, en el acontecimiento de la Encarnación, el don de una participación inmediata en el poder afirmativo y creador de Dios, por lo tanto, en el amor divino; así que ahora nosotros, de una manera totalmente nueva y en una forma de otra manera no realizable, cuando nos dirigimos a otra persona podemos decirle: Qué bien que tú existas. Si bien es cierto que esto nuevo no destruye lo más mínimo el poder natural del amor del hombre, ni tampoco lo excluye, no necesitando por tanto pensarse en formas nuevas y diversas para expresar este amor sobrenatural (una sonrisa, una broma, una charla entre vecinos junto al cerco del jardín que los separa, y hasta un amigable chancear; todo esto *puede* ser una manera de consolar, de perdonar, o de reconciliarse desde la fuerza divina del amor), a pesar de que esto sea así, sin embargo también aquí lo que es natural a la naturaleza no sólo se presupone como algo no destruido sino también *perfeccionado*. Pero la perfección significa siempre también transformación, quizá transformación en un grado tal, que la nueva forma pueda parecer como algo totalmente extraño y que nos extraña a nosotros. Y así podríamos preguntar: ¿Qué tiene ya de común, por ejemplo, el mutuo embelesamiento de dos enamorados con el obrar de una religiosa que se apiada de los mendigos moribundos? Y, sin embargo, *hay* una conexión. Claro que solamente un hombre extraordinario logra percibir lo extraordinario de cada hombre en forma inmediata (“admirablemente creado y más admirablemente recreado”), y frente a esto admirable responder también después con la exclamación del amor: ¡Qué admirable que tú existas!, con lo cual nos encontramos casi en el vocabulario del amor erótico. Sin embargo, sigue en pie que la realización plena es siempre también transformación. Y pertenece al concepto de la realización plena, el hecho de que nadie de antemano pueda decir hasta qué profundidad llegará; el aprendiz *puede* tener una idea de cómo se expresará desde adentro su plena realización en el maestrazgo, y qué se exigirá de él para ello. Quizá la fuerza natural del amor, para poder seguir *viviendo*, deba atravesar por una especie de muerte. San Agustín nos dejó una expresión que horroriza: Cuando la *caritas* nos hace nuevos y nos rejuvenece, produce en nosotros un cierto tipo de muerte, *facit in nobis quamdam mortem*.

Algo semejante se insinúa también en la manera antiquísima de hablar en imágenes, donde a la *caritas* se la llama fuego, porque lo consume todo y todo lo convierte en sí mismo. Se ve así cómo es mucho más que una devota bagatela, de lejos más, y algo totalmente distinto, lo que la Cristiandad reza: Enciende en nosotros el fuego de tu amor.